

que si me sucedía alguna cosa favorable, tenía repugnancia á aprovecharme de ella, porque casi antes de asirla, se me iba de las manos y volaba.

CAPÍTULO VII.

Como apartó á su amigo Alipio de la locura de los juegos circenses.

11. Sentíamos y llorábamos estas cosas todos los que vivíamos junta y amigablemente; pero en especial y con grandísima familiaridad y confianza las trataba con Alipio y Nebridio, el primero de los cuales era como yo natural de Tagaste, de las mas nobles y primeras familias de aquel pueblo, pero era mas jóven, pues habia sido mi discípulo cuando comencé á enseñar en dicha ciudad, y luego despues en Cartago. Este me amaba mucho, porque me tenia por hombre de bien y docto; é igualmente amábale yo por su bella índole y gran muestra que daba de virtud, que aun en sus pocos años se descubria. Pero la impetuosa corriente de las costumbres de los cartagineses, aficionadísimos á vanos

espectáculos, le habia sumergido y llevado á la locura de los juegos circenses¹. Al mismo tiempo que él andaba miserablemente envuelto y agitado de estas olas, enseñaba yo la retórica en las escuelas públicas de la ciudad; pero él todavía no estudiaba conmigo entonces, ni me tenia por su maestro, á causa de cierto disgusto que entre mí y su padre se habia suscitado.

La noticia que yo tenia de su funesta pasión por aquellos juegos me afligia gravemente, por parecerme que estaban para perderse ó ya podian darse por perdidas las grandes esperanzas que de él se tenian. Mas no tenia yo proporcion alguna para amonestarle con la satisfaccion de amigo, ni para apartarle de aquellos juegos con alguna reprehension, usando con él de la autoridad de maestro; porque yo juzgaba que en orden á mí estaria en la misma disposicion que su padre, y á la verdad no era así. En efecto, posponiendo él la voluntad de su padre, en cuanto al resentimiento que habia entre los dos, me habia comenzado á saludar y á venir á mi aula, donde estaba un rato oyendo lo que yo explicaba, y luego se iba.

12. Se me habia olvidado en todas estas ocasiones el tratar con él lo que tenia pensado, para que su pasion ciega y violenta por aquellos vanos é inútiles juegos no apagase las luces de tan buen ingenio. Pero Vos, Señor, que con altísima providencia gobernais todas las cosas que habeis criado, no os olvidásteis de Alipio, á quien habíais destinado para que fuese pastor² de vuestros hijos, y ministro que les dispensase vuestros Sacramentos; y para que su correccion se atribuyese á Vos solamente, la obrásteis por medio de mí, pero sin saberlo ni advertirlo yo. Porque un dia estando yo en mi escuela sentado en el lugar que acostumbraba, y delante de mis discípulos, vino Alipio, me saludó, tomó asiento, y se puso á atender á las cosas que yo estaba tratando. Por casualidad tenia cierta leccion entre manos, que para declararla de modo que su explicacion se hiciese mas perceptible y gustosa, me pareció que era oportuno traer la similitud y ejemplo de lo que sucedia en los juegos del circo, haciendo burla y como satirizando á los que se dejaban cautivar de semejante locura. Bien sabeis Vos, Dios y Señor nuestro, que por en-

tonces no pensaba yo en sanar á Alipio de aquella contagiosa enfermedad; mas él tomó para sí lo que yo dije, y creyó que solamente lo habia dicho por él. Y lo que hubiera sido para otro causa de enojarse conmigo, aquel prudente mancebo lo tomó por motivo para enojarse contra sí, y para encenderse mas en amor vivo, verificándose lo que mucho tiempo antes habíais dicho é insertado en vuestras sagradas Escrituras: *Reprende al sábio, y él te amará.* Y ciertamente que no era yo quien le habia reprendido; sino que Vos, Dios mio, que usais de todos los hombres como de instrumentos, ya con advertencia suya, ya sin ella, con aquel justo orden que Vos solo conoceis, formásteis de mi corazon y lengua carbones encendidos con que cauterizar la podrida llaga que aquel jóven de tan buenas esperanzas tenia en el ánimo, para sanarle con aquel cauterio.

Solamente podrá callar vuestras alabanzas quien no considera vuestras misericordias; las cuales me obligan á que yo os confiese y alabe con lo mas íntimo de mi corazon, acordándome de que al instante que él acabó de oír aquellas palabras, salió de aquella hoya

profunda en que voluntariamente se habia hundido, y en que perseveraba ciego con aquel miserable deleite; y sacudiendo su ánimo con una fuerte templanza, saltaron fuera de él todas las manchas y lodos de aquellos juegos del circo; y no volvió jamás ni se acercó á ellos. Además de esto, venció la repugnancia que habia en su padre para que yo fuese su maestro; y al fin el padre cedió y se lo concedió. Volviendo á ser mi discípulo segunda vez, se hizo tambien compañero y participante de mi supersticion; amando él en los Maniqueos aquella continencia que aparentaba y que creia legitima y verdadera. Pero ella era fingida y engañosa, acomodada solo á cautivar almas sencillas y preciosas, que no sabiendo todavía llegar á lo profundo é interior de la virtud verdadera, son fáciles de engañar con el buen exterior de la virtud fingida y aparente.

NOTAS.

¹ La institucion de estos juegos es cuasi tan antigua como la fundacion de Roma: pues en el dia que Rómulo robó á las Sabinas, instituyó estos juegos que se llaman circenses por el lugar en que se tenian, que era un sitio no perfectamente redondo, sino ovalado, de suerte que fuese mas largo que ancho. Estaba rodeado de gradas que se levantaban las unas mas que las otras, para que todos pudiesen estar sentados y ver los juegos y espectáculos sin estorbarse los unos á los otros. Aquí luchaban unas veces hombres á caballo, otras los púgiles á pié, otras los gladiadores, reciarios, etc. Véase lo que se dijo en el lib. iv, cap. xiv, not. 1.

² En Tagaste, donde san Agustin y Alipio habian nacido, fue creado obispo Alipio en el año 394, segun el cómputo de Baronio, y se puede colegir de la epistola que en este mismo año escribió san Agustin á san Jerónimo. Fue Alipio el compañero mas amado y amante de san Agustin en toda su vida; y como por seguir á Agustin se hizo maniqueo, por seguirle tambien se hizo cristiano, y á un tiempo recibieron el Bautismo: le siguió y acompañó quando se retiró á las cercanías de Milan: despues le acompañó á Tagaste y á Hipona; y finalmente vivió y murió no haciendo los dos mas que un alma y un corazon. De él habla siempre san Agustin con singulares elogios, y está puesto en el catálogo de los Santos, y reza de él toda la Orden de san Agustin en el dia 16 de agosto.

CAPÍTULO VIII.

Como Alipio se aficionó á la loca diversion del juego de los gladiadores, que el mismo aborrecia antes.

13. Continuando Alipio la carrera regular de los estudios, que sus padres le habian encargado mucho que siguiese, antes que yo se fué á Roma ¹, para aprender allí el derecho ; donde se dejó arrebatar increíblemente de una extraordinaria aficion y ansia de asistir al espectáculo de los gladiadores ². Porque siendo así que él aborrecia tales espectáculos, y le horrorizaban ; encontrándose un dia de los que estaban dedicados á tan crueles como funestos juegos con unos amigos y condiscipulos suyos, que venian de comer, con una amigable y familiar violencia le llevaron al anfiteatro, no obstante que él lo rehusó y resistió fuertemente, y que les iba diciendo : *Aunque á mi cuerpo le lleveis por fuerza á ese lugar, y le coloqueis en el, ¿por ventura podréis obligar á mis ojos ni á mi alma á que atienda y mire tan bárbaros espectácu-*

los? Por lo cual yo estaré allí como si no estuviera, y de este modo triunfaré de vosotros y de tales espectáculos. Mas ellos, aunque oyeron esto, no desistieron de su empresa, y le llevaron consigo, acaso deseando experimentar si podia cumplir lo que habia dicho.

Habiendo llegado allá y tomado los asientos que pudieron, en todo aquel gran concurso no se veia otra cosa que deleites cruelesísimos. Cerrando Alipio las puertas de sus ojos, estorbó que su alma saliese á ver tantos males ; y ¡ojalá que tambien hubiese cerrado enteramente los oidos! Porque en un lance de aquella lucha fue tan grande el clamor de todo el pueblo, que movido fuertemente de aquellas voces, y vencido de la curiosidad (pareciéndole que estaba prevenido interiormente para despreciarlo, fuese ello lo que fuese, y quedar victorioso), abrió los ojos, y recibió mayor herida en su alma, que el otro á quien deseaba ver habia recibido en el cuerpo. Así cayó él mas lastimosa y miserablemente que el otro á quien quiso ver, cuya caida ocasionó aquella gritería, que entrándole por los oidos, le hizo abrir los ojos, para que su ánimo, que entonces era

aun mas presuntuoso que fuerte, fuese herido y derribado, y conociese que tanto era mas flaco, quanto mas habia presumido de sí mismo, debiendo solamente confiar de Vos. Porque luego que vió la sangre derramada, bebió tambien por los ojos la crueldad³, pues no los apartó de aquel espectáculo; antes fijó en él la vista, y embebido en aquel furor, sin advertirlo se iba deleitando en la maldad de la pelea, y embriagándose con tan sangriento deleite.

Ya no era verdaderamente el mismo que habia venido; sino uno de los muchos que allí estaban, y con quienes se habia mezclado, y verdadero compañero de aquellos que por fuerza le habian traído. Pero ¿qué hay que decir mas? Vió, clamó, se enardeció, y de allí llevó consigo la loca afición que le estimulase á volver, no solo igualando en esta afición á los otros que le habian llevado á él, sino aventajándose á ellos, y llevando tambien á otros.

Pero Vos, Señor, con vuestra mano omnipotente y misericordiosa le sacásteis tambien de aquel abismo, y le enseñásteis á que no presumiese ni confiase de sí mismo, sino

de Vos solamente; aunque esto fue mucho despues.

NOTAS.

¹ Hacia fines del año 381 fué san Alipio á Roma, y salió de allí acompañando á san Agustin el año 384: con que dos años mas que nuestro Padre san Agustin estuvo en Roma san Alipio, y en ese tiempo fue cuando le sucedió lo que de él refiere nuestro santo Padre acerca de sus adelantamientos en los estudios, afición á los espectáculos, etc.

² Este espectáculo, originario de Etruria, les era muy delicioso á los romanos. Siempre en él habia derramamiento de sangre humana, y muertes de los que caian heridos, si los espectadores no les daban la vida, clamando y gritando para que no los acabasen de matar. Llegó á dividirse Roma en dos partidos ó facciones, apasionándose unos y declarándose por los luchadores, que llamaban *reciarios* ó *tracicos*, y otros por los *mirmilones*, que eran dos suertes de luchadores que habia. Y aunque los unos y los otros fuesen la gente mas vil y baja y las heces de la república, llegó á estar la maldad tan aplaudida y la inhumanidad y barbarie tan patrocinada, que no solamente el vulgo y populacho, sino tambien la gente distinguida, la nobleza, los mismos Emperadores se declaraban partidarios de alguna de aquellas dos facciones: como se refiere de Calígula y Tito, que se declararon á favor de los tracicos ó reciarios, y de Domiciano, que era apasionado de los mirmilones.

Como era tan grande la crueldad que se ejecutaba en estos espectáculos (pues se mataban los hombres unos á otros, y se criaban, alimentaban y adiestraban para esto), siempre se tuvo por malo el asistir á tan cruel diversion, de que debian no solo abstenerse, sino huir de ella con horror todos los Cristianos. Teodorico rey de los godos la prohibió y quitó enteramente.

Estos son los efectos que natural y necesariamente causan las diversiones crueles y sanguinarias, que son tan extremamente opuestas á la blandura, piedad y compasion, que debe hallarse en los corazones cristianos.

CAPÍTULO IX.

Como en una ocasion fue Alipio preso por sospecha de un hurto.

14. Todo este suceso se conservó en su memoria para que mas adelante le sirviese de medicina, como tambien el otro lance, que siendo estudiante todavia y discipulo mio, le sucedió en Cartago; pues estando él al mediodía en la plaza repasando la leccion que habia de dar despues, como se acostumbra para ejercitar á los estudiantes, Vos, Señor, permitisteis que los guardas de dicha

plaza le prendiesen como ladron. Lo cual, Dios y Señor nuestro, no me persuado que lo permitisteis por otra causa ó motivo, sino á fin de que aquel que habia de ser tan grande hombre comenzase á aprender desde entonces cuán necesaria es una madura consideración en el conocimiento de las causas y delitos de los hombres, y no determinarse á condenar un hombre á otro ligeramente, llevado de una temeraria credulidad.

Fue el caso, que Alipio se paseaba solo delante de la casa del consistorio con sus tablas¹ y punzon de hierro con que entonces se escribia, cuando héte aquí que un mozo del número tambien de los estudiantes, pero verdadero ladron, llevando escondida una hacha, se entró sin verle Alipio hasta los enrejados de plomo que vienen á dar á la platería y sobre las tiendas de los plateros, y comenzó á cortar el plomo de aquellas rejjas. Al ruido de la hacha dieron voces los plateros que estaban debajo, y enviaron á algunos que fuesen allá arriba, y prendiesen á cualquiera que por casualidad hallasen. El muchacho, habiendo oido las voces de aquellos, se escapó dejándose allí la hacha, te-

miendo ser cogido con ella en las manos. Alipio, que no le habia visto entrar, le sintió salir, y le vió escapar corriendo. Deseando saber la causa por que huía, se entró hasta aquel paraje, y hallando la hacha, se puso á mirarla, y se estaba allí parado admirándose del hecho. Los que habian sido enviados á prender al ladron encontraron solo á Alipio que tenia en la mano la hacha, á cuyos golpes habian acudido ellos. Echan mano de él, le llevan por fuerza, y juntándose todos los inquilinos de dicha casa, se gloraban de haberle cogido como á manifiesto ladron, y desde allí le llevaban á presentarle al juez.

15. Hasta aquí no mas llegó la enseñanza que habia menester; porque al instante, Señor, acudisteis á socorrer su inocencia, de la cual solo Vos érais testigo. Pues cuando le llevaban á la cárcel ó al castigo, les salió al encuentro un arquitecto, cuyo empleo principal era el cuidado de los edificios públicos. Los que le llevaban se alegraron de haberse encontrado determinadamente con aquel, que sospechaba de los inquilinos de las casas consistoriales siempre que faltaba alguna cosa

de ellas, para que conociese quién era el que hurtaba aquellas cosas.

Este arquitecto habia visto muchas veces á Alipio en casa de un senador, á quien él solia visitar á menudo: así que le conoció, cogiéndole de la mano le apartó de aquel tropel, y preguntándole la causa de tan grave mal, le informó Alipio de la verdad del hecho. Entonces vuelto el artífice á toda aquella gente alborotada que se hallaba presente, y se explicaba con furiosas amenazas, mandó á todos que le siguiesen; y todos juntos fueron á la casa del mancebo autor del delito. Delante de la puerta habia un muchachuelo de la misma casa, de tan poca edad, que fácilmente pudo declarar todo el suceso, sin recelar que á su amo se le siguiese daño alguno, pues era paje de aquel mismo mancebo, á quien habia seguido y acompañado cuando iba á cometer su atentado. Habiéndole reconocido Alipio, se lo dijo tambien al arquitecto. Este enseñó la hacha al muchacho, preguntándole de quién era. Sin detenerse, respondió el chico: *Es nuestra*; y consecutivamente fué descubriendo todo lo demás, segun se le fué preguntando.

Así recayendo el delito sobre los de aquella casa, y quedando corrida toda aquella multitud de gente que habia comenzado ya á triunfar de Alipio, este que habia de llegar á ser en vuestra Iglesia predicador de vuestra divina palabra, y juez que habia de fallar en su diócesis muchas causas eclesiásticas, se retiró de allí mucho mas instruido á costa de su experiencia propia.

NOTA.

Por aquel tiempo se usaba todavía el escribir con un punzon de hierro, bronce ú otro metal en unas tablitas que estaban enceradas; y en ellas con facilidad escribian, y borraban lo escrito para escribir otra vez. Estas eran las que Alipio tenia en la mano cuando le sucedió este lance que refiere nuestro Santo.

CAPÍTULO X.

De la bondad y desinterés de Alipio, y llegada de Nebridio.

16. Hallé, pues, en Roma á Alipio, el cual se unió á mí con tan estrecho y fuerte

lazo de amistad, que se partió á Milan en mi compañía, ya por no apartarse de mí, ya tambien por practicar allí algo de lo que habia aprendido de jurisprudencia; facultad que seguia él mas por voluntad de sus padres, que por inclinacion suya.

Ya por tres veces habia ejercido el oficio de asesor, mostrando tan gran desinterés que admiraba á los demás abogados; cuando él se admiraba mucho mas de los que anteponian el oro á la inocencia. Tambien fue probada su buena inclinacion con el cebo halagüeño de la codicia, y con el duro y fuerte estímulo del temor; pues siendo en Roma asesor de un señor tesorero general del emperador por lo tocante á los tributos de Italia, habia al mismo tiempo un senador muy poderoso, que tenia obligados á muchos con sus beneficios, y á otros muchos los tenia sujetos por el temor. Quiso este magistrado, segun la costumbre que tenia de usar de su poder absoluto, que le fuese permitido hacer no sé qué cosa que estaba prohibida por las leyes, pero Alipio se le opuso. Le prometieron premios, y se burló de la oferta; le hicieron amenazas, y él no hizo caso de ellas.

Todos se admiraron de un ánimo tan nunca visto y extraordinario, que á un hombre de tanta autoridad, y tan celebrado por la fama de que tenia innumerables modos de hacerle bien ó mal, no desease tenerle por amigo, ó no temiese tenerle por contrario. Aun el mismo juez, cuyo asesor era Alipio, si bien no querria que se ejecutase lo que pretendia el senado, no se atrevia á negarlo abiertamente; sino que echando toda la culpa á Alipio, decia que no se lo permitia su asesor, porque á la verdad, si el juez lo hubiera hecho, Alipio se despediria y le hubiera dejado.

Lo que únicamente le tenia ya casi vencido por su aficion á las letras, era el poder emplear aquel caudal que le ofrecian, en hacer que le escribiesen y copiasen varios códices de que formar su librería; pero consultando con la justicia, se determinó á escoger lo mejor; juzgando que le era mas útil sujetarse á la equidad que se lo prohibia, que seguir su libertad y el poder que se lo facilitaba. Poco es esto; pero el que es fiel en lo poco, tambien lo es en lo mucho. Ni puede dejar de ser cierto lo que salió de la boca de vuestro Hijo, que es la misma verdad,

cuando dijo: *Si en el uso de la riqueza injusta no procedisteis con fidelidad, ¿quién os confiará las verdaderas riquezas? Y si en lo ajeno no fuisteis fieles, ¿quién os querrá dar lo que es vuestro?* Tal era entonces este mi amigo íntimo, y juntamente conmigo vacilaba sobre qué modo de vida habíamos de seguir.

17. Lo mismo le sucedia á Nebridio, el cual dejada su patria, que era cerca de Cartago, y dejada esta ciudad, que era donde él estaba lo mas del tiempo; dejada su hacienda, que era considerable, y dejada finalmente su casa y su propia madre, que no habia de seguirle; no se habia venido á Milan por otra causa que por vivir en mi compañía, y ocuparse conmigo en el ardentísimo estudio de la verdad y sabiduría. Juntamente con nosotros suspiraba y vacilaba, dedicándose con ardientes deseos á inquirir la vida bienaventurada, y á escudriñar acérrimamente las cuestiones mas arduas y dificultosas.

Así estábamos todos tres hambrientos y necesitados de enseñanza, y mutuamente nos comunicábamos nuestra pobreza y miseria, esperando de Vos que nos diéseis oportunamen-

te el alimento que necesitaban nuestras almas. En todas las amarguras que vuestra misericordia esparcía sobre todas las acciones de nuestra vida mundana, queriendo nosotros averiguar la razón por que las padecíamos, no se nos presentaban sino oscuridades y tinieblas; y nosotros para resistirlas no hacíamos sino gemir y exclamar diciendo: *¿Cuánto durará este estado?* Eso lo repetíamos muchas veces; pero diciéndolo, no dejábamos nuestro modo de pensar y de proceder, porque se nos presentaba alguna cosa clara y cierta, que dejadas nuestras confusiones y dudas, pudiésemos seguramente abrazar.

CAPÍTULO XI.

Trata Agustín de ordenar su vida.

18. Me causaba muy grande admiración el contemplar cuán largo espacio de tiempo había pasado desde el año diez y nueve de mi edad, en que comencé á enfervorizarme en el estudio de la sabiduría, proponiendo que despues de hallarla, había de abandonar todas las vanas esperanzas y engañosas locu-

ras con que se fomentan los apetitos y codicias de los hombres. Andaba ya en los treinta años de mi edad, y todavía estaba atollado en el mismo lodo con la ansia de gozar de los bienes presentes, fugitivos, y que me destruían, mientras yo me decía á mí mismo: «*Mañana* encontraré la verdad: ya se «descubrirá lo cierto, y yo lo asiré fuertemente. Fausto está para venir, y él declarará todas las dificultades. ¡Oh qué grandes hombres son los Académicos, enseñando «que ninguna cosa se puede tener por cierta «para el régimen de esta vida! Pero busquemos la verdad con mayor cuidado y diligencia, y no perdamos del todo la esperanza. Mira como no tienes ya por desatinos «y absurdos los que antes te lo parecían, en «los libros eclesiásticos; sino que conoces «que se pueden bien entender en otro sentido muy diferente y fundado. Pues me estaré quieto y firme en aquel primer grado «en que me pusieron mis padres cuando era «niño*, hasta que se descubra claramente «la verdad. Pero ¿dónde ha de buscarse? «Ambrosio no tiene tiempo desocupado; yo

* Esto es, en el grado de catecúmeno.

« tampoco tengo oportunidad de leer tanto.
« ¿Dónde iré á buscar los libros necesarios?
« ¿con qué dinero y cuándo los compraré?
« ¿quiénes son los que me los darán?

« No obstante, es menester repartir bien
« el tiempo y señalar algunas horas para tra-
« tar de la salud del alma. Grande esperanza
« he concebido viendo que la religion católi-
« ca no enseña lo que yo pensaba, y vana-
« mente reprendia. Los católicos instruidos y
« doctos tienen por un grande error, el creer
« que Dios tenga la forma ó figura de cuerpo
« humano; pues ¿por qué dudamos llamar á
« la misma puerta por donde se nos descubrió
« esto, para que se nos manifieste lo demás?
« Las horas de la mañana me las ocupan los
« discípulos; y ¿qué es lo que hago en las
« restantes? ¿por qué no las empleo en esto?

« Pero ¿cuándo visitaré á los amigos pode-
« rosos, de cuyos favores y proteccion nece-
« sito? ¿cuándo trabajaré los cartapacios que
« compran los estudiantes? Y finalmente,
« ¿cuándo repararé las fuerzas del cuerpo con
« el alimento y sueño, y las del alma con al-
« gun descanso de tan continuas tareas y cui-
« dados?

19. « Piérdase todo y abandonemos estas
« cosas inútiles y vanas, y dediquémonos so-
« lamente á la investigacion de la verdad.
« Esta vida está llena de miserias, y no te-
« nemos certeza de la hora de la muerte. Si
« me acomete repentinamente, ¿en qué es-
« tado saldré de este mundo, y á dónde apren-
« deré lo que no he cuidado de aprender aquí?
« O por mejor decir, ¿no tendré que padecer
« allá por este mi descuido y negligencia?

« Y ¿se sabe si la muerte misma que nos
« corta el hilo de la vida, acabará tambien
« con todos nuestros cuidados? Con que tam-
« bien esto es menester averiguarlo y saber-
« lo. Pero ¿qué? no es posible que eso sea.
« *No es en balde*, no es sin utilidad y prove-
« cho, que una autoridad tan eminente como
« la de la fe y religion cristiana esté tan ex-
« tendida por el universo. *Ni Dios* hubiera
« hecho tantas y tan admirables cosas por
« nosotros, si con la muerte del cuerpo hu-
« biera de acabar tambien la vida del alma.
« Pues ¿qué es lo que me detiene para que
« abandonando todas las esperanzas de este
« mundo, me entregue totalmente á buscar
« á Dios y á la vida bienaventurada?

« Pero vamos despacio : tambien estas cosas terrenas son bien apetecibles y gustosas ; no es pequeña su suavidad y dulzura ; por lo cual no se ha de romper por todo tan ligera y repentinamente ; porque seria cosa fea y vergonzosa volver á estas delicias del mundo, despues de haberlas dejado. « Considera tambien que no es dificultoso que consigas algun empleo honorifico. Y entonces ¿ qué habia mas que desear en este mundo ? Yo tengo abundancia de amigos muy autorizados ; y así cuando no haya otra cosa y te corra mucha prisa , se te puede dar el cargo de una judicatura, con que podrás casarte con una mujer que tenga bastante dote para que no se desfalquen tus rentas y caudales, y este seria el término de todos tus deseos. Muchos grandes hombres, y muy dignos de imitarse, siendo casados fueron muy dedicados al estudio de la sabiduría. »

20. Mientras yo decia todas estas cosas, y como encontrados vientos combatian mi corazon todas estas imaginaciones, y alternativamente le impelian de una parte á otra ; se iban pasando los tiempos, y yo retardaba

el convertirme al Señor, y dilataba de un dia para otro el vivir en Vos ; pero no dilataba el morir en mí mismo cada dia. Aman-do la vida bienaventurada, temia buscarla en Vos, donde tiene su asiento ; y así huyendo de ella era como la buscaba. Juzgaba que seria sumamente infeliz y desdichado si me privara de la mujer ; y no pensaba en la medicina preparada por vuestra misericordia para curar esta misma dolencia, porque no lo habia experimentado, y porque creia que la continencia se habia de alcanzar con nuestras propias fuerzas naturales, las cuales no las veia en mí : siendo tan ignorante, que no sabia, segun dice la sagrada Escritura : *Que nadie puede ser continente si Vos no le dais esta virtud.* Y ciertamente me la hubiérais dado, si con gemidos íntimos de mi corazon os la hubiera pedido, y con una firme confianza hubiera colocado en Vos todos mis cuidados.

CAPÍTULO XII.

Disputa de Agustin con Alipio acerca del matrimonio y del celibato ó vida de solteros.

21. Alipio me impedía el que me casase, alegando que era absolutamente imposible, si me casaba, que viviésemos los dos juntos, y dedicados quieta y seguramente al amor y estudio de la sabiduría, como habia mucho tiempo que deseábamos. Porque él aun en aquella edad era castísimo, y tanto que causaba admiracion : pues aunque á la entrada de su juventud comenzó á experimentar el vicio opuesto ; en lugar de atollarse en aquel lodo, quedó muy arrepentido, y despreció de tal suerte los deleites de la sensualidad, que desde entonces vivia con muy grande continencia.

Mas yo le contradecia, oponiendo contra su sentencia los ejemplos de aquellos que siendo casados habian continuado el estudio de la sabiduría, habian servido á Dios, y conservado y amado fielmente á sus amigos. Pero á la verdad, estaba yo muy léjos de la

grandeza de ánimo de aquellos que citaba : atado á la dolencia de mi carne con el mortífero deleite que me tenia esclavizado, arrastraba mi cadena temiendo ser desatado de ella ; y al modo que una llaga se estremece solo con que la toque la mano que va á curarla ; así desechaba yo los buenos consejos y palabras de Alipio, que eran como la mano que me iba á desatar de mi cadena. Además de eso la serpiente infernal se valia de mi boca para hablar á Alipio : por medio de mi lengua tejia dulces lazos y los esparcia en el camino de su vida, para que se enredasen en ellos aquellos piés tan libres como honestos.

22. Porque admirándose Alipio de que un hombre como yo, á quien él tenia en gran concepto, estuviese tan preso con la liga de aquel deleite, que siempre que hablábamos de esto, le decia que de ningun modo me era posible el vivir sin casarme ; y viendo tambien que yo me defendia al mismo tiempo que él se admiraba, diciéndole que habia mucha diferencia entre lo que él habia experimentado muy ligera y furtivamente (de lo cual apenas ya se acordaba, y por eso po-

dia despreciarlo fácilmente y sin trabajo alguno), y los deleites de mi larga costumbre, que si se cohonestaran con el nombre del matrimonio, no tendría él razón de maravillarse de que yo me hallase imposibilitado á mirar aquella vida con desprecio; comenzaba ya él también á desear casarse, no vencido, ni por asomo, de aquel deleite, sino únicamente movido de la curiosidad. Porque decía que solamente deseaba saber qué delicias venían á ser las de aquel estado, sin las cuales mi vida, que él amaba tanto, no me parecía vida, sino tormento. Y es que su ánimo como estaba libre de aquella prision, se espantaba de la esclavitud del mío, y admirándose de ella caminaba por el deseo de experimentarla, hasta llegar á la experiencia misma, para caer acaso en la misma esclavitud que en mí admiraba, porque esto sería *contratar con la muerte*; pues *quien ama el peligro, caerá en él*.

Ni á él ni á mí nos movía mucho al estado conyugal lo que hace decoroso y recomendable el matrimonio, como es la buena dirección de una familia y la procreación de los hijos; sino que lo que á mí me llevaba

principalmente y con vehemencia, era la costumbre de saciar la insaciable concupiscencia que me tenía cautivo y me atormentaba; y al otro la admiración era lo que le traía á ser cautivo.

En este estado nos hallábamos, Señor, hasta que Vos, que siendo infinitamente excelso, no desamparáis á los que hicisteis del lodo, teniendo misericordia de nuestras miserias, nos socorristeis por unos medios y modos maravillosos y ocultos.

CAPÍTULO XIII.

Hácese diligencias de que se case Agustín.

23. Me instaban fuertemente á que me casase. Ya había llegado á pedir á una jóven para mujer mía, y ya también me la habían prometido, procurándolo principalmente mi madre, para que después de casado recibiese el saludable Bautismo, al cual ella se alegraba de verme más dispuesto y proporcionado de día en día, considerando que sus deseos y vuestras promesas se cumplirían con abrazar yo la fe. No obstante, Vos, Señor,